



Capítulo 406 - ¿Ha comenzado Walpurgis...?

Las puertas principales de Abaddon —arcos gigantes tallados en piedra negra y protegidos por siglos de maldiciones— se abrían como las alas de un ángel caído. No con gritos ni crujidos, sino con una reverencia casi teatral. El infierno, por un momento, contuvo la respiración.

La alfombra que se desplegaba a lo largo de la escalera del castillo estaba hecha de tela viva, cosida con vetas de oro fundido y sombras en constante cambio. Trompetas de huesos celestiales sonaban desde arriba. Las gárgolas de las torres se giraron para mirar. El cielo se dividió en tonos de rojo y morado.

Virgilio emergió del carro ceremonial al son de una fanfarria infernal —hecha de campanas rotas y coros distorsionados. Su manto, tan largo como el lamento de un imperio derrotado, bailaba en el viento como si tuviera voluntad propia. Vestía de negro y plata, y cada paso que daba parecía marcar un nuevo capítulo en libros que aún no habían sido escritos.

A su lado descendieron sus esposas —figuras que trascendieron el concepto de belleza, pues portaban autoridad, peligro y deseo en igual medida. Katharina, la emperatriz carmesí, dirigió el séquito femenino como si ya gobernara ese lugar. Stella, con ojos de acero, escaneó a la multitud como un general a punto de declarar la guerra. Rafaelina, hecha de silencio, caminaba sin sonido—la sombra que se traga las luces. Ada, la maestra del veneno y el encanto, miraba los escalones como si midiera dónde caería el siguiente cuerpo. Y Roxanne, vibrante y peligrosa como una flor carnívora en plena floración, giró y sonrió a los ojos que no se atrevieron a mirarla directamente.

Y había ojos. Muchos.



Demonarazzi. Así es.

Una multitud de demonios de los clanes inferior, menor y mediano se reunieron alrededor del camino como una horda ansiosa por presenciar lo imposible: el ascenso de alguien desde fuera de los Siete Tronos al castillo que, durante siglos, había sido territorio neutral — o mejor dicho, intocable.

Eran demonios con cámaras arcanas, ojos implantados con lentes mágicas, sirvientes flotantes con esferas de cristal que transmitían en vivo a los palacios de sangre y torres malditas por todo el infierno. El destello de cada cámara era un rayo silencioso que se reflejaba en las piedras como fragmentos de fuego.

Vergil se detuvo en medio de la escalera. Miró a su alrededor.

Él sonrió.

"¿En serio?" Dijo en voz alta para que todos pudieran oír. "¿El infierno tiene paparazzi ahora?"

Roxanne se rió y chasqueó los dedos para iluminar su maquillaje infernal con un nuevo brillo. "Oh, amor, estás desactualizado. La moda demoníaca ha explotado desde que la sangre de la guerra se convirtió en ganancias"

Katharina levantó un brazo y adoptó una pose sutilmente majestuosa. Tres cámaras explotaron en destellos casi simultáneos. "Y ahora que tenemos un Rey joven, guapo y.... controvertido, los medios de comunicación en el infierno están hambrientos"

"Usarán estas imágenes para todo", murmuró Ada con los ojos medio cerrados. "Desde carteles hasta rituales de culto espontáneos"



"O vudú", añadió Stella secamente.

Vergil inclinó la cabeza, posando casualmente con un pie en un escalón superior, con su capa ondeando como si una tormenta privada estuviera atrapada sobre sus hombros. Levantó ambas manos, como un artista aplaudido.

"Bueno... Grabati-l." Su sonrisa era de acero puro velado en terciopelo.
"Démosle al infierno un nuevo tipo de leyenda que contar"

Los destellos se intensificaron. Alguien gritó su nombre. Otro demonio cayó de rodillas. Una súcubo se desmayó.

Rafaeline se volvió brevemente hacia una de las cámaras, con su expresión tan vacía como la noche. Un solo destello capturó el momento antes de que la lente estallara en combustión espontánea. Ella simplemente se susurró a sí misma: "Ridículo"

La escena adquirió el tono de un desfile.

Virgilio, en el centro, las esposas en formación precisa a su alrededor—como planetas orbitando una estrella negra.

"Vamos", dijo Vergil, liderando el camino.

El grupo comenzó a avanzar, seguido por un demonio alto y delgado que emergió de las sombras como su guía designado. Su piel era de un tono gris púrpura, casi translúcida, y sus ojos ámbar brillaban con una mezcla de respeto y curiosidad. Vestía ropas ornamentadas, típicas de la alta nobleza, y asintió a Virgilio con un arco mesurado.



—Por aquí, Majestad —dijo con voz suave y reverberante, guiándolos por pasillos que respiraban historia y poder, paredes cubiertas de tapices pulsantes, donde se desarrollaban ante sus ojos escenas de batallas infernales y pactos antiguos.

El salón que se abría más allá de lo imaginable era vasto más allá de la imaginación, una sala que mezclaba arquitectura gótica con elementos vivos —columnas que parecían haber sido arrancadas de las entrañas de mundos olvidados y un piso pulido que reflejaba las llamas de antorchas en tonos de sangre y ébano.

En el interior se reunía la alta nobleza demoníaca: figuras altivas vestidas con túnicas bordadas con símbolos ancestrales, cada una con las marcas de sus clanes, armas ceremoniales y miradas afiladas como espadas. El murmullo cesó instantáneamente, la sala se congeló en un silencio respetuoso y tenso, mientras los tres reyes demonios —Vergil, Rafaelina y Stella— cruzaban las inmensas puertas dobles.

Todos los ojos se volvieron hacia ellos. El aire se hizo más espeso, pesado, como si cada alma reconociera el peso de la historia a punto de ser reescrita.

Vergil caminaba con pasos firmes, su presencia dominaba el espacio sin esfuerzo y su mirada penetrante recorría la habitación. Rafaelina, implacable en su aura de misterio, se movía como una sombra viviente, con su expresión impasible como si evaluara a cada criatura que había allí. Stella, con la fría calculadora de un estratega, observó la sala con la precisión de un halcón, dispuesto a anticipar cualquier movimiento.

Un silencio mortal dominaba la sala, interrumpido únicamente por el sonido de los pasos de los tres, resonando como los ritmos de un antiguo tambor que marcaba el ritmo de la nueva era.



El guía demoníaco se inclinó nuevamente hacia Virgilio, mientras uno de los ancianos más antiguos de la nobleza, un ser inclinado por la edad pero con una mirada feroz, daba un paso adelante.

"Majestades, es un honor presenciar su llegada." La voz resonó por la sala con la fuerza de siglos, profunda y cargada de una antigua autoridad que hacía aún más profundo el silencio.

Vergil sonrió, una sonrisa tan aguda como una espada, y avanzó por el pasillo con la fría elegancia de alguien que ya domina el juego. La atmósfera que lo rodeaba parecía inclinarse ante su presencia. En el momento en que entró en el corazón del partido, Walpurgis comenzó oficialmente.

Era como si el aire cambiara de peso y las llamas de las antorchas crecieran, proyectando sombras danzantes sobre las paredes.



Pero antes de que pudiera rendirse a la atmósfera oscura y prometedora de ese ritual infernal, una voz invadió su mente, urgente y tensa.

"Ven aquí ahora..." "Tenemos un gran problema." Era Cabernet, con su voz mental recorriendo la distancia, viéndolo desde el segundo piso, mientras sostenía su vestido y corría por los pasillos.

Vergil frunció el ceño y un suspiro ronco se escapó mientras ajustaba el cuello de su traje con un gesto lento y calculado.

"Era demasiado bueno para ser verdad..." murmuró, la ligera amargura en su voz no pudo ocultar su creciente tensión.